



V

EN LAS INDIAS

1701-1710

Escuadras francesas escoltan las flotas.—Combaten con una inglesa sobre Cartagena.—Severidad del Almirantazgo britano.—Ataque á la Florida.—Otros en Darien, Puerto Rico y Trinidad de Cuba.—Acción de los corsarios españoles.—Arrasan á las islas de Bahama.—Combate y destrucción de la flota de Tierra-Firme.—Toma de la Colonia del Sacramento.—Comercio de los franceses en el Pacifico.—Entran dos corsarios ingleses.—Saquean á Guayaquil.—Rinden á la Almiranta de Filipinas.—Pasan á este Archipiélago.—Combate de otro galeón vencedor.—Naufragio.—Exploración de las islas Palaos.

AUNQUE en la guerra de sucesión de la Corona de España eligieran los contendientes por palenque á la Península, enviando á sus costas el grueso de las fuerzas navales, no descuidaron el acceso de las Indias occidentales, cuya riqueza había de pesar mucho en la balanza. El rey Luis XIV, desde que decidió la aceptación del testamento en favor de su nieto, dispuso la navegación al mar de las Antillas de dos escuadras, que llevaron á cargo el marqués de Coetlogon ¹ y el de Chateau-Renaud, con objeto de organizar la provisión de negros, de que se encargó la Compañía real de Guinea en virtud del asiento firmado en 21 de Agosto de 1701, de quitar con este pretexto obstáculos al comercio francés, y de prevenir y escoltar las flotas, de tiempo atrás detenidas en Veracruz, conduciendo á España los caudales que tanto habían de auxiliar al Rey Católico.

Tuvo este último proyecto funesto desenlace en Vigo; perecieron en el puerto los galeones, sufriendo á la vez la Ar-

¹ Alain Emmanuel, jefe de escuadra.



mada de Francia golpe de que no pudo reponerse; no obstante, otra escuadra suya dió guarda á la flota que partía de Cádiz en 1702, hasta dejarla en seguridad en Puerto Rico y Santo Domingo, después de lo que se dirigió á Costa Firme en preparación de la que había de regresar. Llevaba consigo cuatro navíos de línea y otros cuatro menores, uno de ellos recientemente apresado, y como saliera á su encuentro el almirante inglés Benbow con 10 navíos, no pudiendo aceptar batalla con fuerza tan superior, forzó de vela en prosecución del viaje, batiéndose cinco días en marcha, en que hábilmente mantuvo unidas á sus naves, y las entró en Cartagena; una á remolque, desarbolada y poco menos que deshecho el casco. Sólo perdió la presa, recobrada por los ingleses, á cuya poca energía debió, casi tanto como á su valor, el escape.

Benbow perdió, en cambio, una pierna en la refriega, y murió de resultas, alabado por el arrojo con que persiguió á la escuadra francesa; así los comandantes á sus órdenes; el Consejo de guerra, reunido en Jamaica, sentenció á dos á ser pasados por las armas con acusación de cobardía, y á tres á penas menores, librando todavía á otro de la infamia el fallecimiento natural ¹.

La acción acreditó, sobre todos, á Mr. Ducasse, prestando á su persona cierto brillo, que ante la vista de los vecinos de Cartagena encubría la forma en que le vieron pirata desalmado, rompiendo las capitulaciones firmadas con Pointis, y arrancando vidas y haciendas con ferocidad salvaje. Habían cambiado los tiempos: Ducasse, el jefe de los bucaneros; Graff, el *Lorencillo* bandido de Veracruz, con los camaradas de su laya se presentaban en las ciudades, donde dejaron memorias sangrientas, con casacas galoneadas y títulos de caballeros que había necesidad de respetar, aunque los con-

¹ Campbell — *Gaceta de Madrid*. — Laird Clowes, *The Royal Navy*, no pone á las órdenes del almirante Benbow más que siete navíos de 70 á 48 cañones; pero refiere la serie de combates sucesivos, sin disimular el comportamiento de los capitanes que no secundaron á su jefe, ni dejar de aplaudir la saludable severidad de las sentencias de muerte y degradación con que se dió fin al vergonzoso suceso, «the story of one the most painful and disgraceful episodes in the history of the British Navy».



tradijeran sus figuras repulsivas. Eran, al presente, oficiales generales del Rey Cristianísimo, comandantes de sus armas, defensores de aquellas costas abandonadas, para lo que el valor suplía á cualquiera condición secundaria.

Antes de acabar el año ensayaron los ingleses un golpe de mano contra San Agustín de la Florida, para lo que reunió el Gobernador de la Carolina, Moor, 16 embarcaciones y 500 hombres. Los vecinos abandonaron la ciudad indefensa, retirándose al castillo, al que puso sitio, apretándolo durante dos meses con refuerzos de Jamaica. Defendióse bien el gobernador D. Luis de Zúñiga, hasta llegar de la Habana cuatro naves con socorro que le consintió cambio de papeles, pues, atacando á su turno, hizo abandonar la empresa al enemigo, tomándole ocho cañones gruesos, tres balandras y un bergantín ¹.

Parecido desengaño tuvieron al desembarcar en Arecibo, costa de Puerto Rico, donde el capitán D. Antonio Correa, con muy pocos caballos, los alcanzó ², y al internarse dos veces por la costa de Darien, tratando en la una de llegar á las minas de Santa Cruz de la Cana, en número de 400 soldados, y en la otra de asaltar á la villa de Antioquía. El Gobernador les armó celada en los bosques, deshaciéndolos por completo ³. Si hicieron mal, entrando los de Jamaica á saco en la villa de Trinidad, de la isla de Cuba, no dejaron de experimentarlo de una expedición vengativa preparada en Santiago por D. Juan de Chaves, con dos fragatas y 150 entre españoles y franceses marineros, fuerza escasa con que sorprendió á las Bahamas, y desembarcando en las de Providencia y Siguatay, pasó á cuchillo unos 100 hombres, hizo otros tantos prisioneros con 22 cañones, muchas armas y 13 embarcaciones, acabando por arrasar los fortines y las casas ⁴.

¹ 11 de Noviembre y 26 de Diciembre de 1702. — Relación impresa. — *Gaceta de Madrid*.

² Consigna Fr. Iñigo Abad y Lasierra, en la *Historia de Puerto Rico*, que, informado el Rey de la intrepidez de este capitán, le envió medalla con su real efigie y premió á los de la guardia con mercedes diversas.

³ *Gaceta de Madrid*.

⁴ *Gaceta de Madrid*.—Pezuela, *Historia de Cuba*.



En los puertos principales apelaron al recurso supremo de las guerras pasadas, al mismo que había tenido que recurrirse en España por defensa de los débiles, al corso; por lo que no bastaban á los britanos las escuadras de los almirantes Graydon y Walker para dominar la mar como lo hicieran sin aquel estorbo; tenían que distraer muchos de sus buques para la protección del comercio, que aun así no conseguían, teniendo que sentir cada día la captura de sus mercantes y los rebatos dados en las Antillas menores y aun en Jamaica. Además, estando sobre aviso las milicias, nada adelantaban en empresas para las que no allegaran considerable fuerza. Un desembarco hecho en Tabasco (1704) les costó 118 prisioneros, sin contar las bajas de sangre ¹; el sitio de Apalache, en la Florida, formalizado con 1.500 hombres, pérdida de más de 200 y fracaso completo ².

Así, pues, la guerra en los primeros años no nos fué desfavorable por aquellas aguas. Los almirantes ingleses desafortunaron en todo, gastándose uno tras otro en el roce de la opinión de su país, que no podía persuadirse de que los barquichuelos españoles los burlaran impunemente. En estos tiempos vinieron con felicidad á España las naves del almirante D. Francisco Garrote, é hicieron la navegación contraria hasta Cartagena las de D. José Fernández de Santillán, conde de Casa-Alegre.

Cuando empezó á torcerse la rueda instable de la Fortuna fué hacia el año 1707, al surtir efecto el trabajo secreto de los emisarios del Archiduque, esparciendo proclamas, manifiestos y ofertas de cargos y mercedes, que dividieron á los americanos españoles en los mismos dos bandos que disputaban el terreno de la Península: en *carlistas* y *filipinos*, ó sea *austriacos* y *borbones*. Presentóse por entonces ante la Habana imponente armada inglesa de 22 navíos, intimando la entrega en nombre del Rey legitimo ³, si bien como en Si-

¹ *Gaceta de Madrid*.

² Ídem id.

³ Carta del Gobernador de la Habana al Rey con fecha 31 de Marzo de 1707.—Pezuela, *Historia de Cuba*.



cilia y Tenerife, oyendo los cañonazos de la respuesta, se retiró sin extremar su comisión.

Fijó el Almirante sus planes en el ataque de las flotas, y no pudiendo impedir que la de Nueva España y Honduras fuera desde Veracruz á la Habana, escoltada por la escuadra de Mr. Ducasse, trató de impedir que se le uniera la de Tierra-Firme, estableciendo en aquella costa sus cruceros. Dicha flota se hallaba en Portobelo esperando la conclusión de la feria que durante los meses de Abril y Mayo de 1708 se celebró con gran concurrencia del comercio del Perú. El convoy hizo la carga ordinaria de cacao, añil y otros frutos; los galeones del conde de Casa-Alegre la de caudales, á reserva de embarcar el complemento en Cartagena, donde se verificaban los registros.

Salieron á la mar en número de 17 velas, tres de ellas de guerra, á saber: la capitana *San José*, de 64 cañones y 600 hombres; almiranta *San Joaquín*, de 64 y 500; el *Gobierno*, de 44 y 400. Una urca mercante, propiedad de D. Francisco Fernández Nieto, se había habilitado, embarcando la gente del galeón *Almudena*, que por inservible se arrumbó; los demás eran mercantes.

El 8 de Junio, estando sobre la isla de Baru, cerca de Cartagena, avistaron escuadra inglesa de cinco navios de línea y uno de fuego, que les alcanzó á la puesta de sol. Los tres galeones de guerra formaron en línea con la urca habilitada, cubriendo al convoy, al que se hizo señal de dirigirse al puerto con diligencia, y sostuvieron combate nocturno muy desigual con los ingleses, á corta distancia. La capitana se voló á las dos horas, cubriendo con las ruinas á la del comodoro Wager, jefe de los enemigos. De sus 600 tripulantes se salvaron cinco, recogidos por un bote inglés. El *Gobierno* resistió contra tres navios hasta las cuatro de la madrugada, hora en que, desarbolado, destrozado y yéndose á pique, lo rindió D. Nicolás de la Rosa, conde de Vega-Florida, su comandante. La urca embarrancó en la isla de Baru, y salvada en tierra toda la gente, la incendiaron porque no sirviera de trofeo. Quedó la Almiranta menos destrozada por los dispa-



ros en la obscuridad, de manera que pudo forzar de vela, y aunque desde el amanecer la dieron caza dos navios, habiendo desarbolado al uno, y metídose en la canal del bajo de Salmedina, donde el otro no se atrevió á seguirla, entró en Cartagena, encontrando ya en salvo á todas las mercantes.

Valió la empresa á los ingleses importante botín, sin tener más de dos muertos y nueve heridos, si son exactos los datos publicados por algunos de sus escritores; sin embargo, no se dió por satisfecha la rigidez del Almirantazgo, dirigida á poner á los oficiales de la Marina en la disyuntiva de morir gloriosamente por el hierro enemigo ó de acabarlos la infamia por mano del verdugo. Dos de los capitanes de navio de Wager fueron privados de empleo, juzgándoles el Consejo de guerra de tibios en el combate y en la caza de la Almiranta, y otras sentencias graves se ejecutaron en aquellos días, ya por rendir las naves sin acreditada resistencia, por desobedecer ó desatender simplemente las señales de la Capitana ¹.

La desgraciada flota de Tierra-Firme sufrió otro contra-

¹ Cinco millones valió la presa del *Gobierno*, según consignó D. Dionisio de Aisedo en su *Aviso histórico*, habiendo presenciado el combate desde la Almiranta; pero la cifra es dudosa y probablemente abultada. D. Jacobo de la Pezuela (*Historia de Cuba*) asegura que los galeones no habian embarcado los caudales cuando ocurrió el combate, y que nada se perdió, por tanto, en la Capitana. Mr. Campbell, valiéndose de las declaraciones del conde de Vega-Florida, prisionero, dice que la Capitana se sumergió con siete millones en oro y plata; la Almiranta puso en salvo otros seis millones, y en el *Gobierno*, capturado, habia trece cajas de pesos y catorce barras de plata; pero que por otras noticias constaba ser el importe de la carga total de la flota 48 millones, sin expresar de qué moneda. Relativamente al combate hay, por nuestra parte, á más de la narración de Aisedo, carta de otro pasajero de la Almiranta á un amigo, en la Academia de la Historia, *Colección Salazar*, K. 25, fol. 182. M. Laird Clowes, *The Royal Navy*, conforme en el número 17 de los buques españoles, de los cuales dos montaban 64 cañones y uno 44, consigna que los del comodoro Wager eran: el *Expedition*, de 70; *Kingston*, de 60; *Portland*, de 50, y *Vulture*, buque de fuego; que atacaron á los tres buques de insignia, suponiendo fueran los conductores del tesoro, en lo que se equivocaron. Voló el *San José* á la hora y media de combate; el *Gobierno* se rindió á las dos de la madrugada; la urca embarrancó y fué incendiada por su tripulación; que algunos estimaron en 30 millones la plata de la Capitana sumergida, y los que menos en cinco; que la presa estaba cargada de cacao y no llevaba caudales del Gobierno de España, sino alguna cantidad de particulares. Finalmente, que los capitanes Bridges y Windsor fueron sentenciados en Consejo de guerra á pérdida de sus mandos.



tiempo en el convoy de catorce balandras costeras que transportaba para el Perú, por la vía del río de Chagre, los empleos de la feria de Portobelo. Lo atracó por sorpresa el corsario Tomás Colb, y se hizo dueño de seis de las balandras cargadas de mercaderías, después de rendir á un bergantín armado que hacia de escolta.

En Cartagena se transbordó el tesoro de la Almiranta á dos navíos franceses, visto el mal estado en que quedó después del combate de la isla de Baru, y navegando los tres juntos para la Habana, nuevo encuentro con la escuadra inglesa acabó con lo que quedaba de la flota. Á la Almiranta cargaron los enemigos, presumiendo llevara la plata; y tras la pelea de cuatro horas, en que murió el ayudante D. Miguel Agustín de Villanueva y la mayor parte de la gente, quedó descuartelada y rendida, pero con la satisfacción de dar tiempo á que los dos navíos franceses salvaran el caudal, y de que saliera burlado el contrario hallándose sin él y sólo con la presa de un buque inútil y destrozado ¹.

Así que llegó á la Habana el complemento de Cartagena, partió la flota de Veracruz mandada por D. Andrés de Pes, acompañada por la escuadra de M. Ducasse, y ambos llegaron felizmente á Pasages de Guipúzcoa con suma suficiente todavía para aliviar el exhausto erario de Felipe V.

Siguió un período sin ocurrencias de importancia en la América del Centro, distraídas las escuadras inglesas en la del Norte y en las Antillas menores, donde sufrieron alguna pérdida por naufragios y combates con franceses; período de relativa tranquilidad también en el continente meridional. Sólo merece relación el sitio y asalto de la Colonia del Sacramento por el gobernador de Buenos Aires, D. Alonso Juan de Valdés, que se apoderó de la plaza y de cuatro bajeles portugueses sin mucho esfuerzo ².

Organizada la expedición con 800 soldados de tropa regular, 600 milicianos y 300 indios auxiliares, el 2 de Octubre de 1704 pasó el río, esperando en la orilla opuesta á que se le

¹ Alsedo, *Aviso histórico*.

² *Colección de documentos de Angelis*, t. II, pág. 206. — *Gaceta de Madrid*.



incorporaran 4.000 indígenas de las misiones. El 1.º de Enero de 1705 se aproximó á la plaza y abrió trincheras, comenzando el sitio que sufrían los portugueses esperanzados de socorro.

Se presentó, como les estaba anunciado, el 5 de Marzo su escuadra, compuesta de cuatro navios; capitana de 44 cañones, almiranta de 30, una urca esterlina de 20 y un patache de ocho, y contra ellos salió el capitán de mar y guerra don José de Ibarra con su navío registro *Nuestra Señora del Rosario*, de 36; el *Santa Teresa*, bajel portugués apresado, de 16, y un brulote. Aunque con fuerza tan inferior, los combatió cuatro horas á tiro de pistola, causándoles daño, mas no pudo impedir que entrasen en el puerto de la Colonia, donde embarcaron á la guarnición apresuradamente y volvieron á hacerse á la vela el 14, abandonando la plaza con toda su artillería y pertrechos. Su alejamiento del río consintió á Valdés proseguir los reconocimientos y fundaciones con que se iba extendiendo cada vez más próspera la provincia ¹.

Tampoco por el mar del Sur se vieron enemigos al principio de la guerra de sucesión. Se presentaron, sí, navios mercantes franceses, á los que se hizo disimulación, por las muchas razones que aconsejaban á las autoridades dejar en suspenso la severidad con que las leyes mandaban guardar la inmunidad de las aguas, vedando el acceso, cuanto más el trato de extranjeros. Los franceses alegaban el vínculo de su nación, única en el empeño de defender á España con sus tropas y bajeles; única en la escolta por la que se mantenía la comunicación de América con su metrópoli, se aseguraban los caudales y se sostenían los cambios; única que podía sustituir á nuestra marina destruída, en el tráfico, sin el que los hispano-americanos carecerían de lo necesario. Además, los bajeles franceses se ofrecían gustosos á cualquier servicio de comunicación ó auxilio, y á contribuir á las cargas, satisfaciendo derechos por los artículos de importación y exportación.

¹ *Derrotero de un viaje desde Buenos Aires á los Césares por el Tandil y el Volcán, rumbo de Sudoeste, comunicado á la corte de Madrid en 1707 por Silvestre Antonio de Roxas, que vivió muchos años entre los indios Pegüenches. Colección de documentos de D. Pedro de Angelis. Buenos Aires, 1836.*



Todo ello considerado, instó á los virreyes á proceder de forma que, sin precedente de consentimiento oficial, dejara expedito el uso de la tolerancia, dándoles pie una cédula especial en que S. M. C., con indicación de las relaciones establecidas entre las dos Coronas, ordenaba que en lo general y absoluto se profesase toda buena correspondencia con los súbditos de S. M. C., y así, desde el año 1702, no pocas naves francesas hicieron negocios en los puertos desde Chile á California.

En 1704 empezó á resonar el nombre de William Dampier, de antiguo conocido entre los flibusteros. Había montado el Cabo de Hornos con dos naves y el propósito de espumar otra vez aquel mar, partiendo de la isla de Juan Fernández; sólo que, mal avenido con su compañero, el capitán Stradling, tiraron cada cual por su parte y con mala fortuna; se le desertó parte de la tripulación, no hizo presa alguna de valor, perdió su bajel en la costa del Perú, y en un bergantín costero volvió á Inglaterra, por la vía acostumbrada de Polinesia, con las manos vacías.

Otra vez, en 1709, volvió á la empresa, embarcado como piloto en la expedición que organizaron ciertos mercaderes de Bristol, al mando del capitán Woodes Rogers. Componíase de dos naves fuertes, de 32 y 24 cañones, con unos 360 hombres, empezando desde luego á dar que hacer por mar y tierra.

Cundió la alarma repitiéndose las diligencias tantas veces descritas, para constituir armada con cinco naves, las tres españolas, las dos francesas, que de buen grado se prestaron á seguir la insignia de D. Pedro de Alzamora, honrado con el cargo de General. Los corsarios asimismo imitaron las jornadas de Cavendish y Drake, arruinando á la costa mientras en Lima se verificaba el armamento.

El 4 de Mayo entraron por fuerza de armas en Guayaquil, ciudad que saquearon á su sabor, tras lo cual obtuvieron de los principales vecinos rescate de 30.000 pesos por los edificios, que se había de entregar en la isla de Puna, en plazo de seis días, respondiendo los capitanes D. Manuel Jimé-



nez y D. Manuel de la Puente, en calidad de rehenes. No se pudo reunir la suma en seis días ni en doce, y se llevaron á los prisioneros, testigos de sus operaciones sucesivas¹.

Hicieron estación de dos meses en la isla Gorgona, carenando en este tiempo con toda tranquilidad sus dos fragatas, más una tercera francesa que habían apresado y armado en guerra. La española *San Dimas*, procedente de Panamá, que también había caído en sus manos, desmantelaron, después de aprovechar la arboladura, jarcia y pertrechos. Se dirigieron con las tres excelentes á las islas Galápagos, donde acopiaron carne de tortuga, salándola, y haciendo rumbo al cabo de San Lucas, en California, cruzaron á su vista en espera de las naos de Filipinas.

Una de éstas apareció el 1.º de Enero de 1710. Atacáronla las dos mayores inglesas y la rindieron, tras dos horas de combate. Resultó ser la Almiranta, despachada en Cavite, á las órdenes de M. Juan Presbert, francés, con la carga ordinaria de sedería y efectos de China de mucho valor. Condujéronla al fondeadero del Cabo de San Lucas para desbalijarla, informándose de haber cosa de veinte días que se había separado de la Capitana en la mar; por ello volvieron á ponerse en crucero dos de las inglesas, mientras su jefe sacaba partido de la captura, negociando con el almirante prisionero Presbert ciertos cambios y libramientos contra la Compañía francesa de Guinea, entre los que se contó el resto del rescate de Guayaquil. A favor de los tratos dejaron en libertad á los rehenes y á los tripulantes y pasajeros de la Almiranta, 142 en número, dándoles un barco costero cargado de tabaco que tenían en su poder y no les servía para nada.

Las dos fragatas que estaban á la vela vieron á la Capitana de Filipinas el día 4 y la acometieron sin pérdida de tiempo: eran ellas de porte de 24 y 22 cañones, y la filipina, *Nuestra*

¹ *Declaraciones de los capitanes D. Manuel Jiménez y D. Manuel de la Puente, prisioneros y rehenes que sacó el enemigo inglés de la ciudad de Guayaquil, en que se expresan, así la derrota y designios que llevaba aquel pirata desde que salió de Guayaquil, como los sucesos que tuvo desde que desembocó en el mar del Sur.* Dirección de Hidrografía. Miscelánea. Tomo 1, b. 2.



Señora de Begoña, montaba 24 como la primera, de modo que duplicaban los enemigos su fuerza en artillería y la tenían mucho mayor en gente. El general español D. Fernando de Angulo sólo disponía de 30 soldados, componiendo su equipaje marineros indios y pasajeros enfermos en gran parte; no obstante, recibió á los asaltantes de manera que no esperaban, obligándoles á mantenerse á distancia larga; visto lo cual, dejó la presa el jefe en el fondeadero y salió con la fragata grande de 32 cañones á reunirse con las otras. El día 5 renovaron las tres el combate contra la española, cañoneándola vivamente toda la mañana antes de decidirse á abordarla á la vez; pero el fuego de mosquetería y granadas de mano no les dejó ganas de insistir y se apartaron con gruesas averías y pérdida de gente que se guardaron de confesar, dejando á la Capitana seguir su viaje á Acapulco, adonde llegó maltratada también, aunque no tanto como fuera de creer, no pasando de ocho los muertos y pocos más heridos.

El resultado manifiesta que, á no haberse separado las dos naos, no ocurriera la pérdida de la Almiranta, de la que se aprovecharon los corsarios, reteniendo al maestre, al piloto y á 40 chinos, para continuar navegando hacia Polinesia, por no descender y encontrar con toda probabilidad á los navíos armados en el Callao de Lima, y dar vuelta al mundo en regreso á Inglaterra.

En las Filipinas no se supo de su presencia, si por allí pasaron; que en otro caso alterarían la tranquilidad disfrutada en el Archipiélago desde el siglo anterior tan completa y anormal que ni aun los moros de Mindanao y de Joló, enemistados entre ellos, molestaban. Por señal de la guerra europea aparecieron el año 1704 dos corsarios ingleses, codiciosos de la nao de Acapulco como estos de Roggers, y tocando en la ocasión hacer viaje al galeón *Rosario*, gobernado por el general D. Fermín de Salavarría, lo combatieron entre Navidad y Salagua con mala fortuna, teniendo que retirarse maltratados, y supose después que el menor de los dos se fué á pique de resultas, cerca de las islas Marianas, recogiendo la gente el compañero.



Mas no volvió á sonar el cañón en algún tiempo por el ámbito de aquellas aguas si por demostración luctuosa no lo dispararon al celebrar funerales por los que dotaban al galeón *San Francisco Javier*, que en Agosto de 1705 partió de Cavite, despachado para Acapulco. Nada se ha sabido de él; ni una tabla, ni objeto de cualquiera especie, grande ó pequeño, ha servido de indicio á conjeturas de que se estrellara en escollo ignorado ó de que fuera sorbido por las olas con todo cuanto llevaba á bordo; el general D. Santiago Zabalburu, hermano del Capitán general de las islas, D. Domingo, la tripulación, los pasajeros, en cuyo número figuraban familias enteras bien acomodadas. El Océano guardó el secreto de la tragedia horrorosa.

A falta de mayores empresas entretuvo el espíritu de los aventureros la de explorar las islas Carolinas, especialmente el grupo de Palaos, patrocinada por los PP. de la Compañía de Jesús. Desde la llegada á España del rey Felipe V le habían instado, por medio del Procurador general, para que despachara cédulas al Gobernador ordenando les facilitara embarcaciones en que pudieran ir á predicar el Evangelio¹, y redoblaron sucesivamente las gestiones interesando al Sumo Pontífice y al rey Luis XIV para que recomendaran su santo propósito, hasta que en 9 de Octubre de 1705 se expidió en Madrid la concesión deseada á la vez que órdenes é instrucciones al Capitán general, encaminadas á la conquista y evangelización de las islillas. En 1708 marchó la primera expedición exploradora; una galeota en que acompañaban á los PP. misioneros 25 soldados. En 1709 fueron expedicionarios en más número, con segunda galeota y un patache. Otros dos bajeles pequeños repitieron el viaje en 1710, hallando de todo menos agrado, ya por causa de los atolones y arrecifes peligrosos de que está sembrada la mar, ya por tiempos tormentosos; dos de las embarcaciones naufragaron, contribuyendo la hostilidad de los naturales á que los nombres de algunos de los misioneros, acompañados de

¹ Representación impresa en Manila, año 1701.



no pocos de navegantes, aumentaran las listas de sacrificios hechos á la civilización del género humano ¹.

¹ El P. Murillo Velarde, *Historia de Filipinas*; Montero Vidal, *Historia general de Filipinas*. En las *Cartas edificantes y curiosas escritas de las misiones extranjeras por algunos misioneros de la Compañía de Jesús, traducidas del francés*, Madrid, 1767, tomos I, II, III y XI, se han publicado relaciones de los citados viajes.

